

bien la diferencia de las ideas, enamorada como estaba de la perfeccion en la frase; y así pulia indistintamente las súplicas de su amigo á Roma y las rebeliones contra Roma; como trataba de igual suerte en los dias mas arduos de la polémica y del combate á católicos y protestantes; como se ligaba con la Curia y con Alemania; como, perteneciendo á un convento, se reía de los frailes con Erasmo; como, odiando á Tetzal, bajaba la cabeza reverente á su persona y le envolvía en una nube de incienso; como, luterano quizás de conviccion, era católico de costumbres: y deseoso de estar bien con unos y con otros, no se empeñaba en conciliarlos y reunirlos, sabiendo que quien se pone entre dos contendientes, acaba por reñir con ambos.

En esto sobrevino un gran suceso. El Emperador Maximiliano escribe al Papa que, si no intervenia con verdadera y eficaz intervencion directa en las disputas y controversias de aquellos argumentadores, convertiríase la argumentacion escolástica en herejía religiosa y la herejía religiosa en guerra universal. Maximiliano era tambien de inquieta condicion, de temperamento levantisco, de ideas cambiantes, de rápidos y bruscos cambios, como esos climas extraños, en que varían con tanta facilidad las temperaturas y se suceden tan á menudo el frio y el calor. Mientras, con singular demencia, trató de ser Papa, y de heredar la tiara desceñida por la muerte á las sienas de Julio II, decia que le guardarán á Lutero, el cual ya comenzaba á dar de sí muestra, pues en alguna ocasion podria utilizarlo contra Roma; y cuando, pasadas estas ilusiones y frustrados estos deseos, habia menester del Pontífice y de su influjo para asegurar en los suyos la herencia imperial, volvíase á Roma y le denunciaba las mismas disputas monásticas, á las cuales habia asistido en otro tiempo con la serenidad con que se asiste á un divertimento literario. Todas las incertidumbres y todas las vacilaciones de Leon X concluyeron de una vez, al recibir esta carta. Así es que inmediatamente encargó al obispo de Ascoli que citase al monje á comparecer en el plazo de sesenta dias ante un tribunal pontificio instalado en Roma. Para el caso de la no comparecencia, intimaba á su legado apostólico en la corte de Maximiliano de Austria á pedir auxilio á la autoridad temporal y encerrar al relapso en un calabozo. Despues de esto, escribió al elector Federico, advirtiéndole que habia en una de las ciudades sometidas á su autoridad, cierto monje agustino, el

cual sembraba perturbaciones en los ánimos y herejía en las inteligencias. Y por tanto esperaba de un hijo tan fiel como el elector de Sajonia, que impulsase á Lutero á la obediencia, que le constriñese á ir á presencia del Pontífice, en la seguridad de que, si resultaba inocente, le devolveria en paz, y si culpado, le daria lugar al arrepentimiento. Estos importantísimos sucesos acontecian por el mes de agosto de 1518.

Lutero se encontraba en este momento aquejado de nuevo por la duda del proceder que respecto á él tendrian los poderes políticos de Alemania. La resolucion clara y entera de Maximiliano le asustaba, porque Maximiliano podia mover al elector, el elector movido por Maximiliano enviarlo á Roma, y Roma, á su vez, á la hoguera. Así, visiones de muerte pasaban por su espíritu atribulado; y el pensamiento de la muerte le poseia por entero á cada minuto. En su desgracia y en su tristeza, confesaba que nada podrian hacer con un hombre como él, enfermo y acabado, y á quien, suponiéndole hasta muerto, quitábanle bien pocos dias de una vida, próxima á su ocaso ya, segun la falta de salud y la sobra de tristeza. En tal estado de ánimo hablaba el reformador de la muerte, como pudiera hablar el mas exaltado místico. Era el trance último, el paso de este mundo á otro mundo, el postrimer suspiro, como un lote de Dios, como una señal de la eleccion divina, como una marca de la eterna bienaventuranza: que, por la muerte, se han rescatado los míseros esclavos; por la muerte, se han difundido las enseñanzas cristianas; por la muerte, se ha desposado Cristo con la humanidad, Cristo, el cual no seria un esposo de las almas, si no fuera un esposo ensangrentado y yerto. Y en estos minutos de natural misticismo, la fe de los dias de su profesion volvia de nuevo á asaltarle; y la esperanza de morir pronto caia como un consuelo celeste sobre sus párpados enrojecidos por la exaltacion y por el insomnio.

El pensamiento, que mas le atormentaba, era el pensamiento de si debia ó no escuchar la cita, comparecer ante el tribunal, en una palabra, ir á Roma. Grave y angustiosa situacion, verdaderamente dramática para un hombre de su naturaleza y su palabra. ¡Ah! De ir á Roma se le presenta en lontananza un Papa irritadísimo, una corte de cardenales herida por sus dichos y por los dichos de los suyos, un tribunal compuesto de jueces inquisitoriales, unos acusadores implacables, por toda habitacion el calabozo, por toda luz la cer-

nida á través de espesísimas rejas, por toda esperanza su elocuencia que encontraría en su contra los ánimos ya exaltados y perdería completamente su causa, por todo desenlace el trágico de Juan Huss y de Jerónimo de Praga, el potro y el tormento primero, la hoguera despues, sí, la hoguera, en cuyas abrasadoras llamas moriría, haciendo contorsiones, y provocando las risas de los prelados y las pedradas de los pilluelos, en la ciudad eternamente enemiga de su patria, en la proterva madrastra de Arminio que tendría el placer de aniquilar al nuevo defensor de las germanas tribus. Ir á Roma era tanto como ir á la muerte; pero no ir á Roma, era tanto como acusarse culpado, reconocer su crimen, demostrar recelos, aparecer tímido, decir al mundo entero y sobre todo á Alemania que aquel orador, tan largo de lengua, era de temperamento por todo extremo miserable y cobarde. El pensar que llegarían á tacharle de cobardía, con razon sacábale de quicio; y le infligia horribles y crueles tormentos. Unas veces creía que el pueblo aleman entero se lanzaría espontáneamente en su viaje para cortarle el paso. Pero si no lo hiciera, ¿no resultaba la detencion voluntaria peor mil veces para él que la renuncia completa á presentarse? Otras veces pensaba escribirle al elector para convenir de antemano en demandarle un salvoconducto que el elector le negara resueltamente á fin de procurarle esta valedera excusa. Tal expediente le pareció indigno del elector y de él; y en efecto, de todo hombre bien nacido era indigno. Resolvióse, pues, en último y supremo grado de apelacion á su propio juicio y á su propia conciencia, resolvióse por obedecer. Sus labios se cerraron, su pluma se calló, su persona desapareció del púlpito, y su alma se inclinó delante de Leon X, reconociendo de nuevo su autoridad y su jurisdiccion sobre las conciencias. Hizo mas, declaró que, despues de todo lo sucedido, no podia vivir, si no era juzgado. Parecíale bien ir á Roma, y de grado fuera inmediatamente, á no impedírselo sus deberes de catedrático, la multitud de sus trabajos, lo largo del viaje, lo riguroso de la estacion, la falta de salud, el estado valetudinario de su cuerpo herido, é inclinado por su propia gravedad hácia el sepulcro.

Por fin sus amigos de Alemania intervinieron para conjurar aquel conflicto. Y urgía el conjurarlo, porque los dos meses dados por Leon X para la presentacion, espiraban; y Lutero no se resolvía en ninguno de los dos opues-

tos sentidos. Además, temíase generalmente que juzgado sin ser oido, le condenaran sus jueces de Roma; y una vez condenado por sus jueces de Roma, no tuvieran mas remedio los poderes políticos de Alemania, sino cumplir la romana sentencia. En tal situacion, la Universidad intervino, recogiendo unas palabras de Lutero que se declaraba «pronto á confesar su fe delante de jueces legítimos y capacitados en Witemberg, en Augsburgo, en cualquier ciudad de Alemania que quisieran designarle.» Ya en tal estado, escribió la Universidad al Papa, encareciéndole en términos elocuentísimos lo difícil que le era privarse de quien llenaba las aulas con su elocuencia y el mundo con su renombre; de quien reunía en torno suyo escolares y doctores anhelantes por recoger sus luminosas ideas; de quien había con pensamientos hecho de aquel instituto una especie de Jerusalem mística é ideal, á cuyo seno acudían los peregrinos, como si tuviera el depósito de la divina palabra, para recoger enseñanzas que les ayudasen á vivir una vida moral y á morir una muerte cristiana. Witemberg, segun sus doctores, era para todas las Universidades circunvecinas, por virtud de la predicacion de Martin Lutero, como Sion para los reinos idólatras. Y no fué solamente la Universidad quien se interesó de esta suerte; interesóse tambien el eterno amigo de Lutero, el elector Federico de Sajonia. Roma, solicitada por tantas y tan importantes solicitudes, faltó á su tradicional política de tenacidad; Roma cedió, convino en oír á Lutero en Alemania misma, y comisionó, para que le oyese, al cardenal Cayetano. ¡Qué diferencia entre ir Lutero á Roma ó ir el Papa, siquier fuese por delegado, á Lutero! ¡Qué diferencia entre el monje requerido, compareciendo de rodillas ante su Pontífice; y el monje, buscado por el Pontífice en el seno de su propia patria, y entre las legiones de sus gentes! Allí, la soledad, la enemiga del patriciado eclesiástico herido en el corazon, la defensa entregada á sus propias fuerzas, el reconocimiento de autoridades soberanas y de jurisdicciones supremas; en tanto que aquí, la Alemania entera por teatro, los alemanes todos por defensores, el sentimiento nacional interesándose por un germano contra un latino; ¡ah! lo contrario de un proceso, un combate.

Lutero, como todos los fundadores de sectas, si tenía enemigos violentos, tenía tambien amigos violentísimos; y estos, los mas exaltados y furiosos, sentían que Lutero no hubiera ido á Roma, porque imaginaban ya un proceso

escandaloso, á cuyo término sobreviniese un martirio seguro, que levantara la Alemania entera contra Roma, como habia levantado contra Roma la Bohemia entera el martirio de Juan Huss; y suscitara una cruzada, que haciendo irrupcion por los Alpes, combatiere á la Ciudad Eterna con el furor con que la combatieron las primeras irrupciones germánicas, la sojuzgase nuevamente, la desciniese de su magnífica corona de obras artísticas, y poblase los palacios y los templos de Alemania, con los cuadros y las estatuas de Italia. Lutero, en estos incidentes, habia vuelto á recobrar todo el ardor de su ánimo y toda la acritud de su lenguaje. Para persuadirse de ello, no hay sino leer los insultos inferidos á los doctores que le contradecian: «Adelante, exclamaba, dirigiéndose á uno de ellos, adelante, loca cabeza de fraile, hombre sanguinario, puesto que aun no estás borracho de la sangre de tus hermanos; adelante. Escarba en el estercolero como los escarabajos pelotilleros hasta saber qué sea error, pecado y herejía. En verdad, no he visto asno alguno como tú, que has estudiado tanta dialéctica.» En su lucha con Prierio, exclamaba: «Si Roma piensa y enseña, lo que yo no creo, todo cuanto piensa y enseña Prierio, yo lo declaro abiertamente, el Antecristo habita en el templo divino, Babilonia reina en la Roma purpurada, y la corte de Roma es la Sinagoga de Satanás. Si Roma sostiene á Prierio, bienaventurada Grecia, bienaventurada Bohemia, bienaventurados todos cuantos habeis decidido separaros de esa Babilonia. ¡Ah! Os lo digo en verdad. Si el Papa y los cardenales no cierran la boca á ese infierno, lo confieso delante del cielo, me separo de la Iglesia romana, reniego del Papa y de los cardenales, y tengo á todo el mundo eclesiástico de la gran ciudad por la abominacion de las abominaciones sentada en los lugares santos. Si Roma, y los romanistas piensan como Silvestre Prierio, todo está consumado; y no queda mas recurso para detener sus furores impíos, que gritar á los príncipes de la tierra: Reyes y Emperadores, ligaos para aplastar estas pestilencias, para aplastarlas, no por el poder de la palabra, por el poder de la espada.» El reo era un rebelde; y la rebelion estaba ya decidida al presentarse delante del delegado de Leon X, al presentarse delante del cardenal Cayetano.

## CAPÍTULO XIII

### LUTERO EN AUGSBURGO

La victoria de Lutero consistió en presentarse, no ante el Papa, como este queria, sino ante el nuncio del Papa; no en la Ciudad Eterna, donde todo le fuera hostil, sino en una ciudad de Alemania, donde todo le era favorable. El encargado de advertirle sus errores, de juzgarle en su conciencia y en su vida, de retenerle en la Iglesia católica ó separarle de ella, el nuncio Cayetano, pertenecia, por sus ideas filosóficas, á la Edad media, por sus gustos literarios, al Renacimiento; pensando, cual pudiera pensar el Angel de las escuelas, y escribiendo, cual pudiera escribir el orador de los Rostros. Con razon su madre, al llevarlo en las entrañas, soñó con que Santo Tomás lo recogia en sus brazos, y lo tomaba bajo su patrocinio; porque dijeron de él mas tarde los escolásticos, que, si la Suma Teológica pudiera perderse, encontrárase toda entera en la memoria y en la mente de Cayetano. Hijo de las razas helénicas, criado en las griegas orillas del Tirreno, dispuesto á recibir tanto las revelaciones de la naturaleza como las revelaciones de las artes, crecido en aquella Roma, que semejava una academia clásica, religioso de la orden de predicadores que á un tiempo se instruía en el estudio de la antigüedad y en el estudio de la teología, representaba Cayetano, por la distincion de sus maneras, por la finura de su trato, por la variedad de sus conocimientos, por el esmalte clásico sobrepuesto á su erudicion escolástica, por su púrpura cardenalicia extendida sobre el sayal monástico, por todas sus cualidades, la Roma de Leon X en su esplendor y con sus contradicciones. Un hombre así, de temperamento dulce, de fe doble, de inclinaciones diplomáticas, de cultura helé-